

Mosto, Marisa

Dr. Rieux, caballero de la vida

Jornadas “Albert Camus y el Siglo de Oro Español”, 30-31 agosto 2016
Sociedad latinoamericana de Estudios Camusianos

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Mosto, Marisa. “Dr. Rieux, caballero de la vida ” [en línea]. Jornadas “Albert Camus y el siglo de oro español”, 30-31 agosto 2016. Sociedad Latinoamericana de Estudios Camusianos ; Academia de Ciencias de Buenos Aires ; Alianza Francesa de Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/rieux-caballero-vida-mosto.pdf> [Fecha de consulta: ...]

Sociedad Latinoamericana de Estudios Camusianos
“Albert Camus y el Siglo de Oro Español”
Dr. Rieux, caballero de la vida



Marisa Mosto (UCA)

“La verdad es lo que hace vivir y no lo que hace pensar”
Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*

En sus *Meditaciones del Quijote*, José Ortega y Gasset distingue entre el qui jotismo del *Quijote* y el qui jotismo de Cervantes que es el que principalmente le interesa; pero no el qui jotismo de la *vida* de Cervantes, muy colorida por cierto, sino de su *obra*.¹

A partir de allí nos animamos a señalar una superposición entre el destino de la obra y el de su personaje. A Don Quijote “lo anima un designio enloquecido: resucitar el tiempo [...] de los caballeros andantes, que recorrían el mundo socorriendo a los débiles, desfaciendo tuertos y haciendo reinar una justicia para los seres del común que de otro modo éstos jamás alcanzarían”². Lo empuja el deseo de ponerse al servicio del,

¹ “Este es para mí el verdadero qui jotismo: el de Cervantes, no el de Don Quijote. Y no el de Cervantes en los baños de Argel, no en su vida, sino en su libro.” José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, Bs.As.: ESPASA- CALPE, 1942, p. 38

² Mario Varga Llosa, “Una novela para el siglo XXI”, estudio preliminar de la edición de *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra, en su IV centenario, de la Real Academia Española, San Pablo, 2004. Y añade: “Eso es el caballero andante: un

digámoslo así, *triumfo del bien sobre la tierra*. Y es, por su parte, la obra de Cervantes la que le viene a recordar al hombre, desde hace siglos, a cada uno en su sitio y como norte de su tarea personal, un aspecto central del sentido de la vida humana: el combate contra las innumerables figuras del mal.

El *quijotismo*, la *quijotada*, son sinónimos a la vez de nobleza y paradoja. Nobleza y paradoja concentradas indisolublemente, formando parte de la esencia de la condición del hombre.

Cuando Dostoievski se decidió a encarnar en uno de sus personajes el ideal humano, el hombre *bueno* por excelencia, recurrió a la figura del *Quijote* como único antecedente literario digno de mención: “La idea fundamental [de mi libro] es la representación de un hombre verdaderamente perfecto y bello. [...] de cuantas figuras bellas hay en la literatura cristiana la de Don Quijote se me antoja la más perfecta. Pero Don Quijote sólo es bello por ser al mismo tiempo ridículo.”³

De algún modo Don Quijote somos un poco todos los hombres cuando apostamos nuestra vida a la realización de una causa noble. Sabemos que nuestra existencia adquiere peso, cuerpo y sentido pero sabemos también que esa lucha está, al menos en el horizonte de la historia humana, destinada en cierto sentido al fracaso, que todas nuestras victorias, si las hubiera, “serán siempre –como dice Tarrou a Rieux-, provisionales”⁴. La nobleza del empeño entonces se agiganta y colma de ternura la mirada sobre el hombre. Ese es un aspecto de la verdad que nos transmite el libro de Cervantes, al que Ortega denomina “libro escorzo por excelencia” en el que “la superficie [del relato] se dilata en un sentido profundo”⁵, intemporal.

Albert Camus inscribe su combate personal explícitamente bajo esta saga. Se llama a sí mismo un feligrés “de la religión de don Quijote”, su única religión⁶.

También podríamos distinguir en este caso el quijotismo del personaje, Bernard Rieux, del quijotismo de Camus, no de la vida de Camus que ha sido a su vez muy colorida por cierto, sino de su *obra*.

individuo que motivado por una vocación generosa, se lanza por los caminos, a buscar remedio para todo lo que anda mal en el planeta.” p. XX

³ Fiodor Dostoievski, “Epistolario de Dostoievski relacionado con sus obras”, en *Obras Completas*, Méjico: Aguilar, 1991, Tomo IV, p. 1058

⁴ Albert Camus, *La peste*, Bs. As.: Sudamericana, 1995, p. 104

⁵ *Meditaciones del Quijote*, p. 54. Añade Ortega: “Sin duda, la profundidad del *Quijote*, como toda profundidad, dista mucho de ser palmaria. Del mismo modo que hay un ver que es un mirar, hay un leer que es un *intelligere* o leer lo de dentro, un leer pensativo. Sólo ante éste se presenta el sentido profundo del *Quijote*.” p. 59

⁶ “España y el quijotismo” en *Escritos libertarios*, Bs. As.: Tusquets, 2014, p. 131. Corresponde a un discurso pronunciado en la Sorbona, el 23 de octubre de 1955, para celebrar el 350° aniversario de la publicación de *Don Quijote* de Cervantes; publicado luego en “Le Monde libertaire”, n° 12, noviembre de 1955, pág. 4

La obra de Camus en parte persigue el intento de modificar la historia del hombre y de recordarle a su vez la paradoja que existe entre el ideal que persigue y sus posibilidades reales. El quijotismo de Rieux en su lucha contra la peste se superpone al de Camus y su lucha contra las diferentes formas del mal que habitan su tiempo.

Ambos, Cervantes, Camus, blanden su tarea de escritores y su obra, en cierta medida como un instrumento de transformación.

La literatura es una forma de *envío*, puede empujarnos a nosotros lectores a la lucha, cada uno en su tarea. Así como los libros de caballerías transforman la cabeza de Don Alonso Quijano. “También justicia y verdad, [señala Ortega] la obra toda del espíritu, son espejismos que se producen en la materia. La cultura –la vertiente ideal de las cosas– pretende establecerse como un mundo aparte y suficiente, a donde podamos trasladar nuestras entrañas. Esto es una ilusión, y sólo mirada como ilusión, sólo puesta como un espejismo sobre la tierra, está la cultura puesta en su lugar.”⁷

Esta mirada un tanto *platónica* de Ortega sobre la cultura por un lado, y la concepción acerca de la tarea del escritor, de la misión del artista de Camus por el otro (recordemos el discurso del Premio Nobel), giran dentro de la órbita del quijotismo.⁸

La antinomia, la ternura agónica, cabalgan también en la obra de Camus desde su inicio. Y de toda labor humana genuina.

⁷ José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, p. 134. Apartado titulado “Los molinos de viento”. Y en otro lugar de la obra: “La ciencia, el arte, la justicia, la cortesía, la religión, son órbitas de realidad que no invaden bárbaramente nuestras personas, como hace el hambre o el frío; sólo existen para quien tiene voluntad de ellas.” p. 53

⁸ Recordemos algunos de sus momentos: “Por lo mismo el papel de escritor es inseparable de difíciles deberes. Por definición no puede ponerse al servicio de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la sufren. [...] Nadie es lo bastante grande para semejante vocación. Sin embargo, en todas las circunstancias de su vida, obscuro o provisionalmente célebre, aherrojado por la tiranía o libre para poder expresarse, el escritor puede encontrar el sentimiento de una comunidad viva, que le justificará sólo a condición de que acepte, tanto como pueda, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio a la verdad, y el servicio a la libertad [...] Cualesquiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia ante la opresión [...] Al mismo tiempo, después de expresar la nobleza del oficio de escribir, querría yo situar al escritor en su verdadero lugar, sin otros títulos que los que comparte con sus compañeros de lucha, vulnerable pero tenaz, injusto pero apasionado de justicia, realizando su obra sin vergüenza ni orgullo, a la vista de todos; atento siempre al dolor y a la belleza; consagrado en fin, a sacar de su ser complejo las creaciones que intenta levantar, obstinadamente, entre el movimiento destructor de la historia. [...] Sólo me falta dar las gracias, desde el fondo de mi corazón, y hacer públicamente, en señal personal de gratitud, la misma y vieja promesa de fidelidad que cada verdadero artista se hace a sí mismo, silenciosamente, todos los días.” <http://gatopardo.blogia.com/2009/103101-albert-camus-discurso-de-aceptacion-del-premio-nobel-de-literatura-ano-1957.php> [Consultado el 22 de julio de 2016]

1. El mito de Sísifo

Quien lee con cierta empatía el abanico de la obra de Camus en sus distintos géneros literarios no puede dejar de percibir una unidad de inspiración que manifiesta de forma cada vez más explícita su singular perfil. En ella conviven aquella antinomia del amor y el desencanto. Desencanto frente a la corrosión incontestable, inexplicable, inevitable del mal que hiere la belleza de la vida⁹. ¿Qué hacer frente a esta desnuda verdad? ¿Deberíamos acabar con la vida y la antinomia? ¿Rebelarnos enérgicamente -¿contra qué, o contra quién?- por nuestra dignidad ofendida frente a un destino al parecer absurdo? *El Mito de Sísifo* arranca de esa pregunta, la que por su parte atraviesa la atmósfera existencial de su época, pero encamina decididamente las energías dando algunos rodeos, hacia una mirada afirmativa del ser, aún en su paradoja¹⁰.

Para corroborar esta intención subyacente basta con leer sus *Carnets*. Allí anota Camus por la misma época en que concluyera el *Mito de Sísifo*: “Los altos de Argel desbordan de flores en primavera. El olor a miel de las rosas amarillas se desliza por las callejuelas. Enormes cipreses negros despiden desde sus copas destellos de glicina y de espino ocultos en su interior. Un viento suave, el golfo inmenso y chato. Deseo intenso y simple – y lo absurdo de abandonar todo aquello.”¹¹

Entonces el mito de Sísifo y el del Quijote comienzan a cruzarse. Anhelos de sobrevivir, de justificar la nobleza de permanecer en la existencia. La primera apuesta que presenta Camus a favor de la vida, es su obra. El esfuerzo puesto en la entrega de la propia tarea

“La creación es la más eficaz de todas las escuelas de la paciencia y la lucidez. Es también el testimonio trastornador de la única dignidad del hombre: la rebelión tenaz contra su condición, la perseverancia en un esfuerzo considerado estéril. Exige un esfuerzo cotidiano, el dominio de sí mismo, la apreciación exacta de los límites de lo verdadero, la medida y la fuerza. Constituye una ascesis. Todo eso «para nada», para repetir y patelear.”¹²

⁹ “Lo absurdo nace de esta confrontación entre el llamamiento humano y el silencio irrazonable del mundo.” *El mito de Sísifo*, Bs. As.: Losada, 2007, p. 41

¹⁰ “Lo que precede define solamente una manera de pensar. Pero se trata de vivir.” *El mito de Sísifo*, p. 80

¹¹ *Carnets 1*, Bs. As.: Losada, 1963, p. 139. Este texto corresponde al 18 de marzo de 1941. Días antes, el 24 de febrero del 41 había escrito: “Terminé *Sísifo*. Los tres absurdos acabados. Comienzos de la libertad.” p. 138

¹² *El mito de Sísifo*, p. 129-130

Pero es un «para nada», un «repetir y patear» que se une al de otros, constituyendo una respuesta al llamado a incluir su obra entre las “mil vocecitas maravillosas de la tierra” que lo reclaman:

“Toda la alegría silenciosa de Sísifo consiste en eso. Su destino le pertenece. Su roca es su cosa. [...]. En el universo vuelto de pronto a su silencio se alzan las mil vocecitas maravillosas de la tierra. Llamamientos inconscientes y secretos, invitaciones de todos los rostros constituyen el reverso necesario y el premio de la victoria. No hay sol ni sombra y es necesario conocer la noche. El hombre absurdo dice que sí, y su esfuerzo no terminará nunca. [...] Cada uno de los granos de esta piedra, cada trozo mineral de esta montaña llena de oscuridad forma por sí solo un mundo. El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre.”¹³

Vivir, permanecer, decir sí a la existencia, es a la vez un *ser-con*, un canalizar la propia energía en una obra vinculante, ese solo gesto justifica la vida. Ya en 1936, anotaba:

“No separarse del mundo. No malogra uno su vida cuando la pone en contacto con el mundo. Todo mi esfuerzo, en todas las situaciones, las desdichas, las ilusiones, consiste en volver a reanudar los contactos. Y aún en medio de esta tristeza, qué deseos siento de amar y qué embriaguez ante el solo espectáculo de una colina en el aire de la tarde.”¹⁴

Y en 1938: “Esta singular vanidad del hombre que hace y quiere creer que aspira a una verdad, cuando en realidad lo que pide al mundo es amor.”¹⁵

(¿Y si el amor y verdad fueran una y la misma cosa?¹⁶)

2. La peste

2. a. La nobleza de la lucha

En *La peste* el deseo de fraternidad, de *bodas* con el mundo, de vinculación, la voluntad de construir o restituir lazos de convivencia adquiere la figura de una comunidad de hombres que lucha contra el mal

¹³ *El mito de Sísifo*, p. 137-138

¹⁴ *Carnets 1*, p. 28

¹⁵ *Carnets 1*, p. 75

¹⁶ Camus responde a mi pregunta muchos años después, en 1950: “[...] no hay otro cumplimiento que el del amor, es decir, el de renunciar a uno mismo y morir para el mundo. Llegar hasta el fin. *Desaparecer*. Disolverse en el amor. Entonces será la fuerza del amor la que cree y no yo. Abismarse. Desmembrarse. Aniquilarse en el cumplimiento y la pasión de la verdad.” *Carnets 2*, Bs.As.: Losada, 1966, p. 231. Nótese también la diferencia: aquí el acento se ubica más en el “amar” que en el “ser amado”.

que aqueja a su ciudad, la bella Orán, enclavada a orillas del mar. La actitud del Dr. Rieux invita a los demás a unirse para “socorrer a los débiles”, a los que sufren, a los afectados por la peste bubónica.

Bernard Rieux es una suerte de santo entre los hombres, se sacrifica, ofrece su vida por los otros. ¿En qué consiste su sacrificio? ¿Qué significa concretamente *sacrificar su vida* para Rieux? No radica tanto en la entrega de su tiempo, ni de su esfuerzo y desvelos. El principal mal que soporta Rieux tiene un nombre bien preciso: la separación.

El tema de la *separación* como esencia del mal, se encuentra deliberadamente presente en toda la obra¹⁷. Y si se piensa con detenimiento y en sintonía con la propuesta de *El mito de Sísifo*, todo mal es en el fondo y en su sentido metafísico¹⁸, una forma de separación y por lo mismo de privación, de ruptura del hombre con los lazos que fecundan su vida. La injusticia, la mentira, la discordia, el aislamiento, la muerte, están atravesados por el factor común de la división, de la privación de aquello que alimenta y hace posible el orden de la vida. La separación es la figura del mal por excelencia.

Rieux es obligado *por las circunstancias* a no poder acompañar a su esposa agonizante quien se encontraba fuera de Orán al dictarse la cuarentena por la peste bubónica. Debe permanecer allí y cumplir su *tarea*. “El gran deseo de su corazón inquieto es el de poseer interminablemente al ser que ama [...] un sueño sin orillas que sólo puede terminar el día del encuentro.”¹⁹ Ese sueño nunca se cumplirá. En lugar del encuentro con su esposa serán el cansancio y el dolor frente al sufrimiento y la muerte su obstinada compañía²⁰.

Nos regala Ortega a propósito de las *Meditaciones del Quijote*, aquella idea contenida en el que quizás sea su párrafo más famoso: “Hemos de buscar para nuestra circunstancia, tal como ella es, precisamente en lo que tiene de limitación, de peculiaridad, el lugar acertado de la inmensa perspectiva del mundo. No detenernos perpetuamente en el éxtasis ante valores hieráticos, sino conquistar a nuestra vida individual el puesto oportuno entre ellos. En suma: la reabsorción de la circunstancia en el

¹⁷ Cfr. *Carnets 2*, p. 63, 55

¹⁸ “*La peste*, tiene un sentido social y un sentido metafísico. Es exactamente el mismo.” Albert Camus, *Carnets 2*, p. 40

¹⁹ Albert Camus, *La peste*, p. 90

²⁰ Cfr. *La peste*, p. 149. Sin embargo Rieux halla consuelo en la presencia de su madre. Es de destacar la similitud de la descripción de la relación de Rieux con su madre (*La peste*, 99-100), plena de ternura y paz y la que aparece señalada en la novela autobiográfica *El primer hombre*, entre Jacques Cormery y su madre (Barcelona: Tusquets, 1994, p. 269) sugiriendo algún tipo de identificación entre Albert Camus y su personaje Bernard Rieux.

destino concreto del hombre.” (...) “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo.”²¹

“El amor verdadero [dice por su parte Camus en *El primer hombre*] no es una elección o una libertad. El corazón, sobre todo el corazón, no es libre. Es lo inevitable y el reconocimiento de lo inevitable.”²²

Bernard Rieux es *médico* y se sabe llamado por esas “mil vocecitas de la tierra” a cumplir la tarea inevitable en que la circunstancia lo ha colocado, a soportar con hidalguía su estado de separación y aislamiento personal y ponerse al servicio de la restitución de los dañados lazos vitales de los seres que lo rodean, de aquellos que le han sido confiados: “cuando se ve la miseria y el sufrimiento que acarrea, hay que ser ciego o cobarde para resignarse a la peste.”²³

La lucha contra la peste lo llevará por su parte a reproducir como en una dosis *homeopática* el noble ideal de la unidad perdida. Una pequeña comunidad de hombres, cada uno cumpliendo su tarea, multiplicará la eficacia de su esfuerzo: “puesto que la enfermedad estaba allí, había que hacer lo necesario para luchar contra ella.”²⁴

Rieux dirige su esfuerzo a favor de la vida, física y fraternal. Combate el infierno en que se ha convertido su Orán. “Aquí tenemos, [...] un hombre que quiere reformar la realidad. [...] [A] Estos hombres llamamos héroes.” Sostiene Ortega en *Meditaciones del Quijote*²⁵. Y “Viene, en consecuencia, a hacer presa en los síntomas de heroísmo atrofiado que existan en nosotros. Porque todos llevamos dentro como un muñón de héroe.”²⁶ “Más en torno al héroe muñón que dentro conducimos, se agita una caterva de instintos plebeyos.”²⁷

La *peste* se encuentra también y principalmente *dentro* de nosotros. De cada uno de nosotros. Indefectiblemente. La lucha contra esos instintos “plebeyos” se inserta en el camino hacia la plenitud de lo humano, es nuestro camino del héroe, hacia la *nobleza* o santidad por la cual batallan tanto Rieux como Tarrou.²⁸

²¹ Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, p.30

²² Albert Camus, *El primer hombre*, p. 281

²³ *La peste*, p. 102

²⁴ *La peste*, p. 107

²⁵ *Meditaciones del Quijote*, p. 141

²⁶ *Meditaciones del Quijote*, p. 149

²⁷ *Meditaciones del Quijote*, p. 150

²⁸ *La peste*, p. 200. Es oportuno señalar la siguiente interpretación que hace Camus en *Carnets 2*, del pecado original de Caín: “Si es verdad que el crimen agota en un hombre toda la facultad de vivir [...]... A eso se debe que el crimen de Caín (y no el de Adán, que en comparación parece un pecado venial) haya agotado nuestras fuerzas y nuestro amor por la vida. En la medida en que participamos de su naturaleza y de su condena, padecemos ese extraño vacío y esa inadaptación melancólica que suceden a las grandes efusiones y los gestos agotadores. Caín anuló definitivamente toda posibilidad de vida afectiva para nosotros. Eso es el infierno. Pero es evidente que está en la tierra.”, p. 48

Cada “uno lleva en sí mismo la peste, porque nadie, nadie en el mundo está indemne de ella. Y sé que hay que vigilarse a sí mismo sin cesar para no ser arrastrado en un minuto de distracción a respirar junto a la cara de otro y pegarle la infección. Lo que es natural es el microbio. Lo demás, la salud, la integridad, la pureza, si usted quiere, son un resultado de la voluntad, de una voluntad que no debe detenerse nunca. El hombre íntegro, el que no infecta a casi nadie es el que tiene el menor número posible de distracciones. ¡Y hace falta tal voluntad y tal tensión para no distraerse jamás! Si, Rieux, cansa mucho ser un pestífero. Pero cansa más no serlo.”²⁹

Todos estamos enfermos. Somos capaces de acrecentar el mal y el sufrimiento. Hace falta una gran voluntad, lucidez y perseverancia simplemente para no contaminar. Hay plagas y víctimas. Víctimas que a su vez contribuyen a propagar la enfermedad, o que al contrario, se cuidan de no contagiar. Existe también una tercera categoría, a la que pertenece Rieux: “la de los verdaderos médicos, pero de estos no se encuentran muchos [dice Tarrou] porque debe ser muy difícil. [...] Por esto decido ponerme del lado de las víctimas para evitar estragos. Entre ellas por lo menos puedo ir viendo cómo se llega a la tercera categoría, es decir, a la paz.”³⁰

¿A la paz? ¿En medio de la lucha? El lector no termina de entender, sin embargo Rieux recibe esta afirmación con naturalidad.

Y ante la pregunta de cuál sea el camino a la paz que le formulara Rieux, Tarrou responde: “El camino a la paz es la simpatía”.³¹ Es interesante reparar aquí para una mayor comprensión, en la etimología de esta palabra: simpatía, del griego, *sympatheia*, (συμπάθεια), significa *compadecer*, padecer con los otros.

Los hombres de la tercera categoría alcanzan la paz, la serenidad, la concordia, gracias a su capacidad de entender, de empatizar, de *padecer*, de sentir la vida como con-vivencia, como algo que los atañe íntimamente dentro de un gran orden que los involucra. Por eso Rieux es capaz de formar comunidad, de restituir la unidad perdida por la peste y para combatir la peste. Vivir es llevar a cabo la propia tarea a la que nos llaman “las mil vocecitas maravillosas de la tierra” que habitan nuestras circunstancias. Hacia el final de este diálogo Rieux y Tarrou sellan su amistad con un baño en el mar. Todo un símbolo de una fiesta de reunificación de la naturaleza y los hombres.

Ortega:

²⁹ *La peste*, p.198

³⁰ *La peste*, p. 199

³¹ *Ibidem*

“Nada impide el heroísmo –que es la actividad del espíritu- , tanto como considerarlo adscrito a ciertos contenidos específicos de la vida. Es menester que dondequiera subsista subterránea la posibilidad del heroísmo, y que todo hombre, si golpea con vigor la tierra donde pisan sus plantas, espere que salte una fuente. Para Moisés el Héroe, toda roca es hontanar.”³²

Camus subraya el servicio de Rieux a los hombres al señalar que ha sido él mismo incluso el autor del relato. Rieux, como el héroe de Ortega, está en los detalles. No sólo combatió la peste sino que se ocupó de que la enseñanza de la lucha compartida no fuera olvidada, de que sirviera de lección a las generaciones futuras. Es un segundo momento del envío del personaje Rieux que se superpone al envío de la obra de Camus. Una suerte de Buena Noticia. La compasión y el trabajo en común han conseguido un pequeño triunfo en la batalla contra el sufrimiento y la separación.

“el Dr. Rieux decidió redactar la narración que aquí termina, por no ser de los que se callan, para testimoniar en favor de los apestados, para dejar por lo menos un recuerdo de la injusticia y de la violencia que les había sido hecha y para decir simplemente algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres cosas más dignas de admiración que de desprecio.”³³

2. b. El desencanto

Sin embargo Rieux sabe también que en cierto sentido su lucha es inútil, que el mal es invencible porque es parte de nuestra condición. Como también es parte de nuestra condición el empeño por derrocarlo. *La peste*, *Sísifo*, *Don Quijote*, constituyen además de una antropología y una ética, una filosofía de la historia.

Señala Roberto Aras comentando las *Meditaciones del Quijote* de Ortega: “La imagen mítica actúa pues en un doble sentido: recuperando el relieve emocional de nuestras experiencias pasadas y proyectando hacia el futuro nuestro camino de realización en la circunstancia como un verdadero modelo de acción.”³⁴

³² Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, p. 31

³³ *La peste*, p. 240

³⁴ Roberto Aras, *El mito en Ortega*, Navarra: EUNSA, 2008, p. 95. Añade Aras sobre Ortega y su interés hermenéutico que se halla más bien orientado a alentar un futuro promisorio para España: “La «ejemplaridad mítica», así concebida, se convierte en la categoría *estético política* para la actualización del país, para la «posibilidad de España», pues una única ecuación práctica de Ortega logra asociar una fórmula política

Una filosofía de la historia que alienta y promueve la nobleza del empeño humano pero que a la vez sabe que el triunfo, definitivamente, no se halla en manos del hombre. Leamos un diálogo entre Tarrou y Rieux:

“-Yo no sé lo que me espera, lo que vendrá después de todo esto. Por el momento hay unos enfermos a los que hay que curar. Después, ellos reflexionarán y yo también. Pero lo más urgente es curarlos. Yo los defiendo como puedo.

- ¿Contra quién?

Rieux se volvió hacia la ventana. Adivinaba a lo lejos el mar, en una condensación más oscura del horizonte. Sentía un cansancio inmenso y al mismo tiempo luchaba contra el deseo súbito de entregarse un poco a este hombre singular en el que había algo fraternal, sin embargo.

- No sé nada, Tarrou, le juro a usted que no sé nada. Cuando me metí en este oficio lo hice un poco abstractamente; en cierto modo, porque lo necesitaba, porque era una situación como otra cualquiera, una de esas que los jóvenes eligen. Acaso también porque era sumamente difícil para el hijo de un obrero como yo. Y después he tenido que ver lo que es morir. ¿Sabe usted que hay gentes que se niegan a morir? ¿Ha oído usted gritar «¡Jamás!» a una mujer en el momento de morir? Yo sí. Y me di cuenta en seguida de que no podría acostumbrarme a ello. Entonces yo era muy joven y me parecía que mi repugnancia alcanzaba al orden mismo del mundo. Luego, me he vuelto más modesto. Simplemente, no me acostumbro a ver morir. No sé más. Pero después de todo...

Rieux se calló y volvió a sentarse. Sentía que tenía la boca seca.

- ¿Después de todo? -dijo suavemente Tarrou.

- Después de todo...-repitió el doctor y titubeó mirando a Tarrou con atención-, esta es una cosa que un hombre como usted puede comprender. ¿No es cierto, puesto que el orden del mundo está regido por la muerte, que acaso es mejor para Dios que no crea uno en Él y que luche con todas sus fuerzas contra la muerte, sin levantar los ojos al cielo, donde Él está callado?

- Sí -asintió Tarrou-, puedo comprenderlo. Pero las victorias de usted serán siempre provisionales, eso es todo.

Rieux pareció ponerse sombrío.

estimulante y una percepción creativa de la historia.”, p. 71 “... las *Meditaciones del Quijote* se pueden interpretar como una «topología de los ideales», en el sentido de que Ortega desarrolla una completa filosofía que abarca la identificación de los ideales (teoría del conocimiento perspectivista, estética), su valoración (ética vital) y su realización (política de la ilusión). Ya no son ideales abstractos o aislados por el tiempo (pasado idealizado de la tradición) los que son capaces de mover el ánimo sino la *mirada oblicua* que sobre las cosas circundantes nos permite observar en ellas el destello de una perfección posible, y sólo en este sentido, la historia también puede mostrar una capacidad de realización aun no consumada y presentarse a sí misma todavía como posibilidad.”, p. 132-133

- Siempre, ya lo sé. Pero eso no es una razón para dejar de luchar.
- No, no es una razón. Pero me imagino, entonces, lo que debe ser esta peste para usted.
- Sí -dijo Rieux-, una interminable derrota.³⁵

Y hacia el final de la novela añade en sintonía con estas ideas:

“Pero sabía que, sin embargo, esta crónica no puede ser el relato de la victoria definitiva. No puede ser más que el testimonio de lo que fue necesario hacer y que sin duda deberán seguir haciendo contra el terror y su arma infatigable, a pesar de sus desgarramientos personales, todos los hombres que no pudiendo ser santos, se niegan a admitir las plagas y se esfuerzan, no obstante, en ser médicos.

“Oyendo los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría está siempre amenazada. Pues él sabía que esta muchedumbre dichosa ignoraba lo que se puede leer en los libros, que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, en los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa.”³⁶

La filosofía de la historia de Camus supone una total inversión de valores en relación a los modelos vigentes en su época. Pensemos en la figura de *revolución* moderna que quisieron llevar a cabo tanto la Revolución Francesa como la Rusa, y otros sistemas políticos del siglo XX. Todos ellos contuvieron un factor común: el sacrificio del (los) individuo concreto presente, en pos de un triunfo *definitivo* futuro del ideal soñado. Rieux, Camus, defienden y protegen al contrario, al individuo concreto y *presente*, a aquello que les ha sido encomendado aquí y ahora por la circunstancias aún en medio de la certeza de que el ideal que buscan realizar (la salud, el bien, en definitiva restituir los lazos de comunión) no se encuentra de ninguna manera a su alcance, al alcance de las manos de ningún hombre³⁷.

Y este es uno de los temas principales de *El hombre rebelde*

³⁵ *La peste*, p. 103-104

³⁶ *La peste*, p. 239

³⁷ Estas ideas aparecen también en *Los justos*, en su versión teatral de *Los demonios*, en los *Carnets* y varios otros lugares de su obra además de en *El hombre rebelde*.

3. El hombre rebelde: la teoría

“Bajo las formas más diversas, todo grande estilo encierra un fulgor de mediodía y es serenidad vertida sobre las borrascas.”
 José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*

En cierto sentido, Rieux es el héroe que lleva a cabo los planteos de *El hombre rebelde*. Es quien saca del relato mítico a *Sísifo* y lo pone en medio de una circunstancia concreta, “más allá del nihilismo”. La rebelión no se efectúa contra la vida, sino siempre y parcialmente, aquí y ahora, contra el mal que la fractura y empobrece.

“Hay, por lo tanto, para el hombre una acción y un pensamiento posibles al nivel medio que le corresponde. Toda empresa más ambiciosa resulta contradictoria. Lo absoluto no se alcanza, ni sobre todo se crea, a través de la historia. La política no es la religión, o entonces es inquisición. ¿Cómo definiría la sociedad en absoluto? Cada uno busca, quizá, para todos, ese absoluto. Pero la sociedad y la política sólo se encargan de arreglar los asuntos de todos para que cada uno disponga de tiempo y libertad para realizar esa búsqueda común. La historia no puede ser erigida, por lo tanto, en objeto de culto. No es sino una ocasión, que se trata de hacer fecunda mediante una rebelión vigilante.[...] Pero quien se entrega al tiempo de su vida, a la casa que defiende, a la dignidad de los vivos, se entrega a la tierra, y recibe de ella la cosecha que siembra y alimenta de nuevo. Finalmente, hacen que avance la historia quienes saben rebelarse también contra ella en el momento deseado. [...] Pero la verdadera vida está presente en el centro de este desgarramiento. Es este desgarramiento mismo, el espíritu que se cierne sobre volcanes de luz, la locura de la equidad, la intransigencia extenuante de la medida. Lo que resuena para nosotros en los confines de esta larga aventura rebelde no son fórmulas de optimismo, que no tenemos sino que fabricar en lo más extremado de nuestra desdicha, sino palabras de coraje y de inteligencia que, cerca del mar, son también virtud.”³⁸

³⁸ Albert Camus, *El hombre rebelde*, Bs.As.: Losada, 2003, p. 279-280, del apartado “Más allá del nihilismo” Ortega también consiente como dijimos más arriba, en que las grandes batallas se libran en los pequeños gestos: “Ahora bien; la perspectiva se perfecciona por la multiplicación de sus términos y la exactitud con que reaccionamos a cada uno de sus rangos. La intuición de los valores superiores fecunda nuestro contacto con los mínimos y el amor hacia lo próximo y menudo da en nuestros pechos realidad y eficacia a lo sublime. Para quien lo pequeño no es nada, no es grande lo grande.” *Meditaciones del Quijote*, p. 29

Pero la salvación definitiva como dijimos, no depende en absoluto de nosotros:

“Ninguna sabiduría puede pretender dar más actualmente. La rebelión choca incansablemente contra el mal, a partir del cual sólo le queda tomar un nuevo impulso. El hombre puede dominar en sí mismo todo lo que debe serlo. Debe reparar en la creación todo lo que puede serlo. Después de lo cual los niños seguirán muriendo injustamente, hasta en la sociedad perfecta. En su mayor esfuerzo, el hombre no puede sino proponerse la disminución aritmética del dolor del mundo. Pero la injusticia y el sufrimiento subsistirán y: por mucho que se los limite, no dejarán de escandalizar. El “¿para qué?” de Dimitri Karamázov seguirá resonando; el arte y la rebelión no morirán sino con el último hombre.”³⁹

La condición humana es conmovedora. Verdaderamente hay “en los hombres cosas más dignas de admiración que de desprecio”.

¿Retórica o esperanza?

En el discurso a propósito de los 350 años de la primera edición del *Quijote* deja filtrar Camus, sin embargo la confianza en el triunfo del bien.

“Nadie negará que estas palabras de honor y de misericordia tengan hoy un rostro patibulario. Se desconfía de ellas en los ambientes de ayer; y, en cuanto a los verdugos de mañana, hemos podido leer, de la pluma de un poeta de turno un hermoso proceso a Don Quijote, considerado un manual de idealismo reaccionario [...] Pero es importante señalar que estos rechazos no son pasivos. Don Quijote lucha y nunca se resigna. “Ingenioso y temible”, según la antigua traducción francesa, es el combate perpetuo. Esta falta de actualidad es, pues, activa, estrecha sin tregua al siglo que rechaza y deja en él sus marcas. Un rechazo que es lo contrario de una renuncia, un honor que dobla las rodillas ante la humildad, una caridad que toma las armas: he aquí lo que encarnó Cervantes en su personaje al

³⁹ *El hombre rebelde*, p. 280 El sufrimiento de los niños es la medida más alta en la vara del mal. Nótese el paralelo con la reacción de Rieux en *La peste*, frente a la agonía y muerte de un niño: “-¡Ah!, éste, por lo menos era inocente, ¡bien lo sabe usted! [dijo Rieux y]...Le respondió Paneloux: Por qué me habla con esa cólera. Para mí también era insoportable el espectáculo. Rieux se volvió a Peneloux. Es verdad -dijo-, perdóneme. El cansancio es una especie de locura. Y hay horas en esta ciudad en las que no siento más que rebeldía. Lo comprendo -murmuró Paneloux- esto subleva porque sobrepasa nuestra medida. Pero es posible que debamos amar lo que no podemos comprender. Rieux se enderezó de pronto. Miró a Paneloux con toda fuerza y la pasión de que era capaz y movió la cabeza. No padre -dijo. Yo tengo otra idea del amor y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados.” p. 171

burlarse de él con una burla a la vez ambigua, [...] y que convence mejor que un sermón exaltado. Porque es cierto que don Quijote fracasa en el siglo y los criados lo mantean. [...]

“Aquellos que como yo comparten desde siempre esta fe, y que ni siquiera tienen otra religión, saben que es una esperanza al mismo tiempo que una certeza. La certeza de que con cierto grado de obstinación, la derrota culmina en victoria, la desgracia flamea alegremente y la propia falta de actualidad mantenida e impulsada a su término, acaba por convertirse en actualidad.” [...]

“Pero es necesario llegar hasta el final, es necesario que don Quijote, como en los sueños del filósofo español, descienda hasta los Infiernos para abrirles las puertas a los últimos entre los desventurados. Quizás entonces, en ese día, según las palabras inquietantes del Quijote, el arado y la azada estarán de acuerdo con la andante caballería, los perseguidos y los exiliados finalmente se unirán, y el sueño zaherido y febril de la vida se transfigurará en esta realidad última que Cervantes y su pueblo inventaron y nos legaron para que la defendiéramos sin descanso, hasta que la historia y los hombres se decidan a reconocerla y aclamarla.”⁴⁰

Pero mientras tanto... ese *poco* que podemos hacer para restituir la belleza y los lazos con el mundo es para cada uno de nosotros, como para *Sísifo* y el Quijote, un esfuerzo algo inútil y ridículo que sin embargo posee la rara cualidad de llenarnos la vida.

31 de agosto de 2016
Buenos Aires, Alianza Francesa

⁴⁰ *Escritos libertarios*, p. 129-131